

## Franco Mussolini revisitados. La política exterior hispanoitaliana durante la guerra mundial

GENOVEVA GARCÍA QUEIPO DE LLANO

En el presente trabajo no se pretende resumir de una manera global la relación existente entre España e Italia durante la Segunda Guerra Mundial y tampoco alguno de sus aspectos; tampoco se pretende desvelar alguna fuente radicalmente nueva acerca del particular sino que su propósito es mucho más modesto. Consiste en tratar de elaborar un «estado de las cuestiones» a partir de una monografía coelaborada por la autora hace ya una decena de años con el propósito de incorporar la nueva información existente gracias a la publicación de fuentes hasta ahora incompletas o a la aparición de nuevas investigaciones de carácter parcial. Como se apreciará a lo largo de este texto, el trabajo que en su día escribimos Javier Tusell y yo no ha sido desmentido en lo esencial como interpretación global, aunque las fuentes y los estudios complementarios que han surgido luego permiten incrementar nuestros conocimientos de un modo considerable y, además, matizarlos en algunos puntos de importancia. En un trabajo de las características del presente vamos a ceñirnos de modo principal a las novedades relativas a la estricta relación entre España e Italia aunque, como es lógico, en algún punto concreto, fuentes que no hacen referencia estricta a ambos países también han servido para perfilar de manera más nítida la posición de ambos.

Convendrá, por lo tanto, empezar por resumir los aspectos esenciales de los que fueron nuestros planteamientos en el pasado <sup>1</sup>. No haremos, sin embargo, una interpretación general acerca de la posición española ante el conflicto que en el libro citado intentábamos —aquellos eran momentos en

---

<sup>1</sup> JAVIER TUSELL y GENOVEVA GARCÍA QUEIPO DE LLANO, «Franco y Mussolini. La política española durante la segunda guerra mundial», Barcelona, Planeta, 1985.

que se iniciaba la investigación acerca de este período— sino que nos limitaremos de manera estricta a la relación entre ambos países.

El punto de partida se sitúa en el momento inmediatamente posterior al estallido de la guerra civil en que todo hacía pensar en la posibilidad de una identificación entre la España de Franco y la Italia de Mussolini tras la victoria del primero que hubiera tenido una doble vertiente, en política interior y exterior. En realidad España, por sus características sociales y culturales, no podía tener mejor modelo, en un proceso de fascistización, que Italia y, además, los vínculos que se habían anudado en el transcurso de la guerra permitían esperar que Franco fuera un aliado de Mussolini por motivos no sólo ideológicos sino también derivados de los intereses materiales de ambos países. En efecto, aunque Italia pretendiera conquistar una situación hegemónica en el Mediterráneo, ello no implicaba de modo necesario un enfrentamiento con España porque los dirigentes de ésta tenían un propósito mucho más limitado como era la consolidación de un modesto imperio colonial en el Norte de África.

A pesar de todo ello las previsiones que podían hacerse en torno a esta identificación no se vieron cumplidas. Una razón absolutamente esencial por la que así sucedió estriba en el hecho de que la Italia mussoliniana no estaba en condiciones de actuar con la pretensión de gran potencia que el Duce quiso atribuirle. España hubiera podido convertirse en un satélite de Mussolini en el caso de que Italia hubiera dispuesto de una fuerza militar suficiente que le hubiera permitido imponer sus planteamientos estratégicos a su cobeligerante, Alemania. Pero no fue así y el intento mussoliniano de sustituir con habilidad su impotencia militar concluyó en una sucesión de desastres. El Duce no pudo soportar la inacción ante el espectáculo de la guerra y todavía menos cuando tuvo la sensación de que era inmediata la victoria de Hitler. Su entrada en la guerra no le proporcionó como pensaba, un sitio en la mesa de celebración del banquete de victoria con derecho a participar de los despojos de los vencidos sino que desveló sus insuficiencias y le redujo a la condición de poco menos que un peón en manos alemanas. Ya su ofensiva sobre Francia fue un fracaso pero la inactividad en África, prolongada por los primeros fracasos y, sobre todo la debacle que siguió a la ofensiva en contra de Grecia deterioraron cualquier posibilidad de ejercer un protagonismo decisivo en la guerra. Italia no fue más que una caricatura de esa Alemania que iniciaba ofensivas sin contar con sus aliados pero que triunfaba y, a partir de 1941, estuvo condenada a mantener una posición seguidista sin que en ningún momento lograra centrar a Hitler en la guerra mediterránea, ni siquiera en el momento en que los aliados tomaron la iniciativa en este teatro bélico.

Si la posición italiana ante el conflicto hubiera sido otra también hubiera resultado imaginable que el comportamiento español resultara distinto. Por supuesto el motivo principal de la posible entrada de España en la guerra habría dependido en cualquier caso de la presión alemana. Sin embargo de disponer Italia de mayor peso bélico en el seno del Eje resulta imaginable, por ejemplo, que el centro de gravedad de la guerra hubiera sido más mediterráneo y ese sólo hecho habría tenido como consecuencia que España hubiera entrado en la guerra. Paradójicamente si la potencia bélica italiana hubiera sido mayor y eso se hubiera traducido en victorias ello mismo podría haber tenido como consecuencia ventajas para la España de Franco previa su intervención en la guerra, porque el Duce, siempre megalómano era también proclive a la generosidad con aquel a quien consideraba poco menos que como un satélite, como demostró durante la guerra civil española.

Sin embargo reducido a la condición poco heroica de adlatere de Hitler, Mussolini estaba en las peores condiciones para convertirse en un líder para la intervención de España en la guerra. La política fascista con respecto a nuestro país pecó de superficial y poco consistente, rasgos que por supuesto son atribuibles a la totalidad de las relaciones exteriores del régimen mussoliniano. El Duce la trataba como a un amigo inferior o un colaborador situado en la órbita propia pero no sacó provecho de esta situación subordinada ni tampoco la hizo valer para alterar el rumbo de la guerra mundial. En realidad se limitó a considerar que tenía una cierta primacía en la relación con Franco (que Hitler le concedía muy de grado) pero la carta española no fue jugada sino mantenida en reserva hasta el momento en que ya no era de utilidad porque se había agotado en exceso el límite de su uso. Mussolini ni sirvió a los españoles ante Hitler, a pesar de que les tratara con muchos mejores modos, ni fue sincero con éste cuando le pidió su intervención para que España entrara en la guerra. Lo cierto es que la posición del Duce fue dilatoria respecto a la intervención española mientras tuvo dificultades en el frente de batalla, que fue casi siempre, cuando éstas fueron muy grandes ni por lo más remoto estuvo Franco dispuesto a entregarse a la intervención bélica por puros motivos de carácter ideológico.

En realidad la mayor identidad de posiciones entre Italia y España se produjo durante la etapa anterior a la entrada italiana en el conflicto. Cuando se hizo patente la impreparación italiana da la sensación de que Mussolini quiso retrasar la intervención española para evitar tener que contar con un posible competidor a la hora de repartirse el Mediterráneo. Cuando las derrotas se cebaron en la suerte de las armas italianas ante los griegos la guerra también se alejó de España. Sólo en el momento en

que los alemanes solventaron la situación balcánica con la fuerza de sus armas los dirigentes italianos insistieron a los españoles acerca de su necesaria intervención en la guerra. Pero ya la situación política interna de España se había complicado y enrarecido y, además, muy pronto la guerra se trasladó al Este.

Si Mussolini siempre pensó que tenía una carta española que podía utilizar cuando quisiera la razón estriba en que intervenía en la política española y tuvo buenas razones para pensar que eso le proporcionaba ventajas clarísimas respecto de los alemanes. La posición de la diplomacia alemana siempre consistió, en efecto, en evitar la intervención en la política española por una mezcla de falta de aprecio a sus dirigentes y de desinterés por esa zona geográfica; en cambio, los representantes del partido fascista llevaron a cabo una intervención aunque un tanto confusa y caótica. Parece evidente que la política italiana, al jugar la carta de la Falange, les comprometió más sin que ello supusiera una influencia decisiva. En realidad Falange tenía mucho menos poder en España que los militares y el propio Serrano Súñer acabó por demostrarse mucho menos influyente junto a Franco de lo que parecía en 1939. A partir de la primavera de 1941 y de manera más clara a fines de 1942 fue el sector militar el que triunfó y con él guardaba el fascismo italiano una relación mucho más distante. Trató, sin embargo, de acercarse a él y también a la monarquía que parecía plantearse como una seria posibilidad institucional en una España que parecía incapaz de encontrar su camino en la posguerra. Pero Italia no estaba ya en condiciones de jugar la carta española con posibilidades de éxito.

Si el desembarco aliado no se hubiera producido en el Norte de África acercando la guerra a la Península o si la situación italiana no se acercara al colapso a comienzos de 1943, todavía hubiera sido posible que Mussolini utilizara la carta española. Sin embargo al darse ambas circunstancias constituyó un auténtico ejercicio de optimismo pensar que podía lograr, ahora, en las peores circunstancias, lo que hasta el momento había resultado imposible. En realidad el intento de involucrar a España en la guerra (y lograr, así, que en la primavera de 1943 Hitler se decidiera a convertir el Mediterráneo en un centro de gravedad bélico fundamental) fue corto y poco decidido porque era patente que no podía concluir en un cambio sustancial del panorama.

Lo que vino a continuación resultaba previsible: el colapso italiano tuvo menos importancia de lo que hubiera podido temer Hitler desde el punto de vista estrictamente militar porque el frente no se hundió verticalmente gracias al empleo de efectivos alemanes. En cambio desde la óptica política

cabe atribuir a la caída del fascismo un impacto muy considerable sobre el régimen de Franco. En el momento del desembarco aliado en el Norte de África todavía algunos ministros del régimen quisieron que su país interviniera a favor del Eje mientras que el colapso de Mussolini empezó a arrastrar a España hacia la neutralidad. Todavía cuando el Duce reconstruyó un frágil poder político en el Norte de Italia el propio Franco pensó en la posibilidad de reconocerlo pero todas las circunstancias tendían a impedirlo. En realidad la relación entre España e Italia estaba reducida a la altura de 1944 a la conversión de la primera en el último refugio posible para los dirigentes fascistas italianos, incluidos los más allegados al propio Mussolini.

Esta panorámica general de las relaciones hispano-italianas durante el período bélico no ha sido desmentida en lo esencial, como indicábamos páginas atrás. Sin embargo la aportación de nuevas fuentes nos va a permitir precisarla y matizarla. Empezaré, sin embargo, por referirme a esas nuevas fuentes. Como es lógico la publicación de nuevos tomos de los «Documenti Diplomatici Italiani» reviste la mayor importancia para la comprensión de las relaciones entre los dos países <sup>2</sup>. En realidad la mayor parte de esta documentación la habíamos utilizado ya en el libro publicado hace diez años, pero, como es lógico, siempre habrá una diferencia esencial entre el esfuerzo que pueden hacer dos investigadores en un archivo oficial y la publicación sistemática de fondos documentales; por eso la nueva serie documental permite comprobar la existencia de algún hueco informativo. Ya antes de la aparición de los nuevos tomos de esta serie documental se había publicado un artículo acerca de nuevos fondos italianos que iban resultando accesibles <sup>3</sup>. En cuanto a las series documentales españolas no será preciso insistir en la auténtica vergüenza que causa la ausencia de una serie documental impresa como la italiana. Tampoco es preciso criticar la serie de los «Documentos inéditos para la Historia del General Franco», publicados por la Fundación de su nombre, pues sus limitaciones son evidentes, pero en algún caso la información que proporcionan tiene interés complementario <sup>4</sup>. Además han

---

<sup>2</sup> En el momento en que fue publicado el libro citado en la nota anterior estaban publicados tan sólo los tomos I al V de la serie novena con lo que la información de origen italiano sobre el período bélico se cerraba poco después de la espectacular victoria de Alemania sobre Francia en junio de 1940. A partir de 1986 se han ido publicando los tomos siguientes desde el VI al X, cubriendo en lo esencial el período de más estrechas relaciones entre España e Italia hasta otoño de 1943.

<sup>3</sup> Javier TUSELL, «Franco no fue neutral», en «Historia 16», XIII, nº 141, 12-24.

<sup>4</sup> De los Documentos se han publicado hasta el momento cuatro volúmenes, durante los años 1992-1994, que alcanzan hasta 1944 y, por lo tanto, cubren en lo esencial la época en que las relaciones hispanoitalianas fueron más estrechas e interesantes.

sido publicadas algunas investigaciones monográficas a las que se hará mención en el momento de abordar la novedad informativa que proporcionan. Voy a procurar en esta explicación seguir un criterio cronológico centrándome en los momentos más cruciales de las relaciones entre ambos países. Por supuesto, dadas las características de mi ponencia mi contribución va a dar por supuesto el conocimiento general de las relaciones entre ambos países.

El primer escenario al que me voy a referir es el de la entrada italiana en guerra contra Francia en junio de 1940 y la consiguiente modificación de la postura española al pasar de la neutralidad a la no beligerancia. Sabíamos hasta el momento que Mussolini había informado a Franco, aunque fuera en unos términos genéricos, de su decisión y que el cambio de la España de Franco hacia la «no beligerancia» significaba, en realidad, la adopción de una posición semejante a la italiana en la etapa precedente, es decir la prebeligerancia. Ahora, con la nueva información, se puede decir más. En el momento de producirse la intervención italiana en la guerra se solicitó a España permiso para que su territorio sirviera de punto de apoyo para una operación aérea contra Gibraltar. La petición la hizo Ciano a Serrano Súñer y éste, tras consultar con Franco, respondió aceptando con entusiasmo no en una sola ocasión sino en cuantas fuera necesario. En el texto de la carta del ministro español aparece patente la voluntad de intervención en la guerra al lado del Eje y la idea de que la «no beligerancia» no era más que una situación transitoria hasta la definitiva entrada española en la guerra <sup>5</sup>. De ahí deriva, en realidad, la ayuda militar prestada por la España de Franco a la Italia mussoliniana durante el período bélico. Más importancia que aquella destinada a la aviación (la italiana tuvo siempre un escaso radio de acción que la impedía ser efectiva) fue la destinada a proporcionar apoyo a los submarinos y, más aún, aquella que permitió a los italianos sabotear barcos aliados fondeados en Gibraltar hubo una decena de operaciones en las que fueron dañados 14 buques. Las fuentes primarias italianas aseguran que se hizo sin conocimiento de las autoridades españolas pero esto es extremadamente improbable de acuerdo con el artículo de algún historiador actual publicado no hace mucho tiempo <sup>6</sup>.

El segundo escenario de las relaciones hispanoitalianas que vamos a examinar es aquel que puede denominarse como el de la «tentación

---

<sup>5</sup> Javier TUSELL, «Franco...», 13-14. Este texto no aparece publicado en DDI.

<sup>6</sup> Miguel José RODRÍGUEZ, «Torpedos humanos contra Gibraltar», en «Historia 16», nº 217, 17-26.

española». Una vez producida la derrota francesa y la entrada italiana en la guerra España estuvo a punto de hacer lo propio, cosa que hubiera ocurrido de haberse aceptado sus peticiones territoriales por parte de Hitler. En ese momento Serrano Suárez y Franco quisieron repetidamente servirse de Italia como una especie de embajador ante el poderoso Führer, aunque en la práctica Mussolini se guió por sus propios intereses y sólo utilizó la carta española en beneficio propio. A este respecto merece la pena empezar por citar la carta dirigida por Franco a Mussolini inmediatamente después de que tuviera lugar la entrevista de Hendaya entre él mismo y Hitler. En ella de ninguna manera aparece cualquier tipo de resistencia de los dirigentes españoles respecto de la posibilidad de su entrada en la guerra. Franco decía haber estado dispuesto a «no expresar con precisión» las reivindicaciones españolas relativas al Norte de África francés para no despertar la prevención del Ejército de este país, pero le recordaba a Mussolini que aquellas pertenecen al orden natural de la geografía». Le pedía, por tanto, que fuera embajador de sus deseos ante el Führer. Esa fue la razón por la que Serrano trató repetidamente de entrevistarse con Ciano en estos días. Los italianos, sin embargo, estaban mucho más preocupados en este momento por su inmediato ataque a Grecia que por satisfacer las peticiones españolas <sup>7</sup>. La verdad es que ambos países pensaban ante todo en sus propios intereses, cuando España abolió, en la práctica, el Estatuto internacional de Tanger lo hizo en detrimento de Italia cuya colonia en la ciudad norteafricana se quejó y el propio Ciano expresó sus reservas <sup>8</sup>. Lo que Franco y Serrano Suárez habían hecho en este caso era tomar una decisión que demostraba su voluntad imperial (aunque en tono menor) sin contar para nada con sus propios aliados, algo muy característico de todas las potencias del Eje.

El período en que resultó más importante para Hitler la intervención de España en la guerra mundial puede situarse entre septiembre y diciembre de 1940. A partir de esta fecha en realidad la confianza que tuvo Hitler en poder embarcar a España en la guerra mundial fue mínima, de tal modo que el encargo al Duce de atraer a España puede considerarse como una pura formalidad destinada a demostrar que concedía al líder italiano una clara hegemonía en las cuestiones mediterráneas. Este mismo estaba en esos momentos mucho más preocupado por la campaña griega que por la posible intervención española en el conflicto y tampoco insistió con decisión en este punto. Lo que la publicación de las fuentes documentales italianas

---

<sup>7</sup> DDI, IX, 6, 10-1.115-16.

<sup>8</sup> DDI, IX, 6, 34-35, 53-54, 69-72

empieza por probar es que los propios dirigentes españoles eran muy reacios a la intervención militar propia en la guerra mundial a corto plazo. Antes de partir para la entrevista de Bordighera Serrano Súñer explicó al embajador italiano, conde Lequio, que España entraría en la guerra con toda seguridad pero tan sólo cuando se demostrara que ésta no iba a ser larga porque no estaba en condiciones para hacerlo. Desde el punto de vista militar no estaba preparada en cuanto a medios técnicos: en el terreno económico nunca se había encontrado en «semejante miseria». Además en el terreno político la entrada en la guerra podía producir fuertes disensiones y desde el punto de vista psicológico, España se había encontrado con una Alemania «severa, exigente y poco generosa a la hora de discutir las peticiones españolas». Serrano incluso introdujo alguna leve crítica a su propio cuñado del que decía que, al ser más un militar que un político, no había sentado todavía de manera definitiva el régimen. Pero él insistía en que la causa de la Falange era también la del fascismo y el nazismo <sup>9</sup>. Con estos antecedentes ya se puede imaginar que poco se podía esperar de la entrevista de Bordighera en los primeros días de febrero de 1941. Las fuentes italianas publicadas en los últimos tiempos no añaden mucho más a lo conocido. Tan sólo nos informan de que el Duce empleó unas palabras muy duras con respecto a Francia porque debió pensar que resultaban especialmente gratas a los oídos españoles, pero que luego las borró cuando hizo para Hitler una narración de lo que había sucedido <sup>10</sup>. Por lo tanto puede y debe decirse que Italia hizo muy poco, por no decir nada, para que España interviniera en la guerra hasta los comienzos de 1941. Esta afirmación que confirman las fuentes españolas se puede completar con otra que aparece en la muy reciente obra del principal especialista italiano acerca de Mussolini, Renzo De Felice. Según él Bordighera no fue más que una «confirmación» de la postura española ante el conflicto y de la del propio dirigente italiano en relación con la carta española pero, además, la propia ausencia de iniciativa militar italiana contribuyó de un modo importante a dificultar una eventual entrada española en el conflicto <sup>11</sup>.

Un tercer escenario importante de las relaciones hispano-italianas durante la Segunda Guerra Mundial tuvo lugar entre los meses de mayo y junio de 1941. En este momento se había despejado ya para los italianos la situación embarazosa producida en los Balkanes como consecuencia de

<sup>9</sup> DDI, IX, 6, 506-508.

<sup>10</sup> DDI, IX, 6, 568-576.

<sup>11</sup> Renzo DE FELICE, «Mussolini l'alleato», Torino, Einaudi, 1990, 178-184.



su propia imprudencia al atacar a Grecia. Mientras tanto, por otro lado, los españoles (Serrano Súñer, en concreto) se mostraban cada vez más duros acerca de las exigencias propias para entrar en la guerra, incluso aludiendo a la posibilidad de emplear la fuerza en el caso de que tuviera lugar una invasión alemana. Es muy posible que las propias victorias del Eje contribuyeran de modo importante al planteamiento en tono perentorio de las propias reivindicaciones. Por estos días las nuevas fuentes italianas testimonian que el ministro de Asuntos Exteriores español pasaba de asegurar que España perdería su oportunidad si no entraba en la guerra en dos meses, porque esta resultaba, en definitiva, inevitable, a quejarse con amargura de un supuesto acercamiento entre Alemania y Francia. Su nerviosismo se explica por el hecho de considerar que quizá la España de Franco había perdido una ocasión inmejorable para ver satisfechas sus reivindicaciones territoriales por no haber atacado el Marruecos francés en el mismo momento en que se produjo el armisticio germano soviético en junio de 1940 <sup>12</sup>. Pero es posible también que el nerviosismo de Serrano Súñer se explique por la situación interna española. En efecto la crisis política de mayo de 1941 fue una de las decisivas de la Historia del régimen. Sobre ella existe una documentación nueva procedente del archivo de Franco que reviste el mayor interés y de la que no puede decirse que se refiera tan sólo a la política interna, por la simple razón de que la decidida intervención italiana junto a Serrano Súñer durante su tramitación testimonia que también la política exterior estaba relacionada con ella <sup>13</sup>.

En definitiva, no es casualidad que los italianos insistieran inmediatamente a continuación de ella en que se produjera ya la intervención española en la guerra: como siempre deseaban que la guerra se centrara en el Mediterráneo y, puesto que ya estaba despejado el horizonte bélico en la zona oriental, se podía pensar en que la intervención española cambiara la situación en el otro extremo de ese mar. Disponemos ahora de la respuesta de Serrano Súñer a esta petición, nacida de Ciano pero ratificada por la propia mano de Mussolini. Resultó lo previsible: recordó que en Hendaya se había decidido la intervención española en la guerra y ratificó que si el Eje conocía «la sinceridad de nuestros sentimientos» tampoco desconocía «la penosa realidad de nuestros problemas», pero «España, pese a tanta dificultad, no puede desertar del lugar que la Historia le señala». En definitiva proponía mantener en apariencia idéntica posición

---

<sup>12</sup> DDI, IX, 7, 74, 129-130, 190.

<sup>13</sup> «Documentos inéditos para la Historia del Generalísimo Franco», Madrid, Fundación Francisco Franco, 1992, II-2, 140-156.

hasta el momento de entrar en combate para que los navíos que estaban atravesando el Atlántico cargados de grano con destino a los puertos españoles tuvieran tiempo para llegar a ellos y recordaba las «reivindicaciones vitales en África» sin las cuáles el pueblo carecería de la «alegría» para intervenir en la guerra <sup>14</sup>. No era mucho y eso mismo testimonia lo cerca que estuvo España de entrar en la guerra en este momento.

Pero no lo hizo y la responsabilidad principal hay que achacársela a Alemania. A mediados de junio Ribbentrop acogió con frialdad los intentos de Ciano de atraer a España a la causa del Eje, pero en realidad esta actitud nada tenía que ver con la posición de los dirigentes españoles sino que, por el contrario, estaba motivada por el inmediato ataque alemán en contra de Rusia. Con ello la eventual participación española en el conflicto se retrotraía hasta el próximo otoño, en el caso de que los ejércitos del Reich obtuvieran las fulgurantes victorias que de ellos se esperaban. Pero estas no se produjeron y, además, la política interior española se empanató en una serie de disputas políticas internas que paralizaron cualquier posibilidad de una decisión.

En efecto si hay algo característico de la evolución política española a lo largo de todo el año 1942 es el recrudecimiento de unos enfrentamientos internos que no habrían de ser objeto de examen en estas páginas de no ser por el hecho de que los italianos no los consideraban ajenos a sus propios intereses. En efecto, como es bien sabido, a diferencia de la política alemana con respecto a España que consistía en evitar cualquier tipo de intromisión en las luchas internas, Italia consideró que tenía en Serrano Súñer un personaje público tan identificado con su posición propia, en política exterior y también en relación con una eventual fascistización política de España, que debía permanecer atenta a su suerte. Por eso el embajador italiano siguió de manera directa la evolución española, muy complicada debido al enfrentamiento entre Serrano y los sectores militares. Ya en enero de 1942 se planteó la posibilidad de un desplazamiento de Serrano que mientras tanto mantenía sin cubrir la embajada de Roma, como posible lugar de retirada <sup>15</sup>. La crisis entre militares y falangistas arreció de modo especial a partir del mes de abril, momento en que el embajador italiano la calificó de «endémica» con aquellos súbitos enfrecimientos característicos de un enfermo muy grave <sup>16</sup>. Esto es lo que explica que a lo largo de este año se planteara incluso la posibilidad de

---

<sup>14</sup> SERRANO, 9-VI-1941, DDI, IX, 7, 226-227.

<sup>15</sup> DDI, IX, 8, 128-129.

<sup>16</sup> DDI, IX, 8, 522-524.

una alternativa al régimen en forma de restablecimiento de la Monarquía. Esa es la razón por la que Ciano, que fue siempre el principal responsable por la parte italiana de la política española, cazó en Albania con D. Juan de Borbón. Pero estaba, al mismo tiempo, dispuesto a jugar hasta el final la carta de Serrano Súñer. Frente a lo que habíamos escrito en el libro ya citado parece deducirse de las nuevas fuentes documentales italianas que la iniciativa del viaje del ministro de Asuntos Exteriores español a Italia debe ser atribuida al propio Ciano <sup>17</sup>. No es en absoluto casual que en estos momentos por vez primera Serrano Súñer diera la sensación de ser partidario de la restauración de la monarquía española. Su afirmación en este sentido iba acompañada de una invariable devoción por Italia, sus dirigentes y sus instituciones.

Por eso al último viaje de Serrano Súñer a Italia no cabe atribuirle una significación desligada del panorama de la política internacional en aquel momento bélico <sup>18</sup>. Es cierto que durante él no se habló de la entrada de España en la guerra pero así sucedió porque entre los interlocutores se había llegado a la conclusión de que con carácter previo resultaba imprescindible una definición institucional. Poco antes de que partiera hacia Italia Serrano, el embajador italiano en España había considerado hasta tal punto caótica la situación interna española como para juzgar que la Restauración era «fatal». De ello hablaron Serrano y Ciano en Livorno pronunciándose el primero en unos términos que dan cuenta de hasta qué punto su monarquismo era tan solo instrumental. De D. Juan dijo que «no era muy listo» y «se creía un personaje de una importancia superior a la que podía tener en realidad». Pero, sin duda, peor era el juicio de Serrano respecto de su cuñado al que, en esta materia, le reprochaba mostrarse incapaz de tomar una decisión en cualquier sentido que fuera. Todavía empeoraba la crítica del ministro español al referirse a la política interna en la que aseguraba que no había tenido lugar la revolución y multiplicaba sus juicios pesimistas acerca de «Franco, sus colegas de Gobierno, sobre los generales y sobre el pueblo español», sin excluir su propia cuñada. Con respecto a la guerra mundial Serrano aseguro que era el motivo principal por el que no se tomaban decisiones políticas en España, como si se considerara que fuese preciso esperar una clarificación de los resultados. España no podía ser otra cosa que neutral, dadas las circunstancias que vivía. Sin embargo la evolución de

---

<sup>17</sup> DDI, IX, 6, 599-600.

<sup>18</sup> El resumen de la conversación entre Serrano y Ciano fue publicado por vez primera en Javier TUSELL, «Franco no fue neutral». Véase en DDI, IX, 8, 690-692.

las circunstancias bélicas la podían hacer cambiar. Este sería el caso, por ejemplo, si los aliados desembarcaban en el Marruecos francés. Teniendo en cuenta que eso sucedió a los pocos meses ya se puede imaginar la difícil situación que se hubiera producido en el caso de que hubiera tenido lugar el desembarco anglonorteamericano con Serrano en el Ministerio de Asuntos Exteriores español. Como cabía esperar no dudó éste ni por un momento en testimoniar su adhesión entusiasta al fascismo italiano y al Duce.

La crisis política que concluyó la presencia de Serrano en el Gobierno fue la consecuencia de las tensiones internas y del empeoramiento de las relaciones personales entre los dos cuñados. No cabe, pues, atribuir su origen a un motivo de política exterior. Resulta evidente, sin embargo, que un acontecimiento político de la importancia de este cambio ministerial podía tener repercusiones importantes para la política exterior española.

De ello, era consciente, sin duda, el propio Franco quien de sobra sabía que durante años, su cuñado había jugado a fondo la carta italiana. Eso explica que muy poco después de tener lugar el cambio ministerial el Caudillo dirigiera una carta a Mussolini que fue quizá la más expresiva que salió de su mano para el dirigente del fascismo pues hacía en ella «votos por su victoria», lo que una vez más, prueba hasta qué punto estaba lejos de la neutralidad. En ella además queda patente el grado de indignación al que había llegado Franco respecto de su cuñado pues concluía que la crisis no tenía otro motivo que el de impedir «dualismos y personalismos intolerables»<sup>19</sup>. Nada hacía pensar que la política exterior española hubiera cambiado de un modo esencial y, por consiguiente, Mussolini agradeció esta carta con las explicaciones que contenían. En las semanas siguientes todavía consideró que para él la carta española podía tener la ventaja de proporcionarle un medio para influir en que algunos países americanos como Argentina o Chile evitaran entrar en la guerra.

Pero la entrada de Jordana en Exteriores supuso un cambio que, aunque inicialmente fuera imperceptible, luego se fue consolidando en especial cuando se produjo el desembarco aliado en el Norte de África. España no dió entonces siquiera por oídas las sugerencias de Ciano que, en su respuesta a las seguridades ofrecidas por los anglosajones, diera una sensación de mayor pureza, indicando que el desembarco producía un cambio fundamental en la situación en el Norte de África y que España observaría

---

<sup>19</sup> Franco, 18-IX-1942, DDI, IX, 9, 138-139.

con detenimiento el posterior desarrollo de los acontecimientos <sup>20</sup>. En realidad España no hizo otra cosa que asegurar a Italia que su posición no se modificaría con motivo de lo sucedido. Cuando los italianos manifestaron su temor por el estado de las defensas españolas, en especial en las Baleares, Franco aseguró su voluntad de defenderlas. Pero Mussolini debió darse cuenta que empezaba a producirse un desenganchamiento de España con respecto al Eje más que por una evolución ideológica por el hecho de que las circunstancias bélicas se lo imponían. Según De Felice en estos momentos el Duce no espera ninguna buena noticia de España, quizá porque era consciente de que no tenía otra posibilidad que aquella que había adoptado en estos momentos. Tampoco estaba en una situación tan angustiosa como aquella con la que se enfrentó en los meses centrales de 1943 cuando para él tan sólo una entrada de España en la guerra podía constituir un medio de salvación al trasladar el escenario de la guerra hacia el Mediterráneo <sup>21</sup>.

A comienzos de 1943 Franco dió un nuevo testimonio de que en realidad, su posición había cambiado muy poco cuando remitió una nueva carta a Mussolini con ocasión de la presentación de cartas credenciales por parte del nuevo embajador español en Roma. Franco no sólo juzgó las garantías que los anglosajones le habían dado en el momento del desembarco como meramente formales sino que, además, no dudó por un momento en alinearse por completo con la posición de Mussolini en torno al conflicto. Si algún cambio había en su postura fue el de considerar que la propia Gran Bretaña habría de padecer las consecuencias de la penetración de Rusia hacia el corazón de Europa con lo que indicaba la posibilidad (en realidad, un deseo propio) de un desenganche británico <sup>22</sup>. La respuesta del Duce no indicaba por su parte ningún apremiante deseo de intervención española en el conflicto, pero, como es lógico, insistió en la identificación ideológica entre Italia y España: en realidad los aliados eran lo mismo que «Negrín y los rojos» y no hacían distinción alguna entre el nazismo, el racismo y el falangismo.

Sin embargo las dificultades crecientes de Italia en el Norte de Africa acabaron por modificar la posición de Mussolini. En el mes de marzo de 1943 concibió ya como una posibilidad, que se convertía para él en una necesidad, el ataque a través de España contra las posiciones aliadas en el Norte de Africa con lo que su desembarco se convertiría en una

---

<sup>20</sup> DDI, IX, 9, 306.

<sup>21</sup> DE FELICE, «Mussolini l'alleato», 415-420.

<sup>22</sup> Franco, 30-I-1943, DDI, IX, 9, 565-566; Mussolini, 14-II-1943, DDI, IX, 10, 23-24.

catástrofe. Tenía la seguridad de que Franco no se resistiría a colaborar en tal operación militar y como prueba ofreció las últimas cartas que le había enviado. Pocos días después escribió al Caudillo de nuevo con ocasión de tomar posesión de su cargo un nuevo embajador italiano. No añadió nada nuevo a lo que ya le había manifestado en el pasado, pero le insistió en las «dificultades» que de forma inevitable le iban a producir los «angloamericanos aliados del bolchevismo»<sup>23</sup>. Siempre será una cuestión digna de especulación el grado de convencimiento que pudo tener Mussolini en la viabilidad de un proyecto como este; para De Felice, por ejemplo, ni siquiera el propio Duce hizo otra cosa que defender de manera muy genérica ese proyecto cuya inviabilidad conocía<sup>24</sup>. Lo que resulta claro es que las posibilidades que tuvo Hitler de aceptarlo fueron siempre remotísimas y que la propia España estaba ya lejos de imaginar la colaboración con esos proyectos. Todo quedó por parte de los dirigentes del Eje en el compromiso de Mussolini de entrevistarse con Franco para vencerle.

Sin embargo esta entrevista nunca se llegó a convertir en una realidad. El embajador italiano recibió instrucciones para pedirla pero luego fueron revocadas cuando Jordana, el sustituto de Serrano Súñer, hizo unas declaraciones de tono claramente neutralista. En realidad no habían sido más que el producto de una iniciativa propia y no de Franco pero éste se fue acomodando progresivamente a ellas y su habitual prudencia le hacía ver hasta qué punto resultaba inconveniente a estas alturas una entrevista de este tipo cuando recibió insinuaciones al respecto. A fines de abril alemanes e italianos descartaron cualquier posible operación bélica que supusiera un ataque por la espalda a los aliados contando con España.

Llegamos así al colapso del fascismo y al desenganchamiento de Italia de la causa del Eje que, como es bien sabido jugó un papel de primera importancia en la política interna española. Sobre este tema las novedades que se han producido en la bibliografía histórica no son muchas. La aparición de un nuevo tomo de recuerdos de Grandi acerca de sus intentos para ponerse en contacto con los aliados en España añade muy poco a lo ya conocido y tampoco las memorias de Fernández Cuesta añaden nada sustancial a lo ya sabido<sup>25</sup>. La España de Franco no dió ninguna facilidad para que en ella se celebraran esas conversaciones que pretendía el

<sup>23</sup> Mussolini, 2-IV-1943, DDI, IX, 10, 226.

<sup>24</sup> DE FELICE, «Mussolini l'alleato», 1.206-1.207.

<sup>25</sup> DINO GRANDI, «El mio paese. Ricordi autobiografici», Bologna, Il Mulino, 1985; RAIMUNDO FERNÁNDEZ CUESTA, «Testimonio, recuerdos y reflexiones», Madrid, Ediciones Dyrsa, 1985.

ex-ministro italiano, ni siquiera a pesar del envío del embajador desde Roma con este objeto. Tampoco las fuentes diplomáticas italianas añaden nada de importancia pero, por el contrario, merece la pena llamar la atención acerca de la publicación de abundante documentación española llegada a manos de Franco relativa a las relaciones hispanoitalianas en ese momento en que tenía lugar el cambio de régimen en el segundo país <sup>26</sup>. Aparte de la influencia que tuvo en la política interna española lo sucedido allí, la nueva información permite apreciar el conocimiento detallado que las autoridades españolas tuvieron de los sucesos italianos a través del embajador propio en el Vaticano y la voluntad de Asuntos Exteriores de evitarse cualquier queja aliada procurando no pronunciarse en términos demasiado taxativos respecto de los bombardeos de las ciudades italianas, Roma incluida.

Constituye toda una paradoja el hecho de que siendo mucho más importante la relación hispanoitaliana durante el período 1939-1940 para el destino de ambos países, en cambio, lo que ha sido objeto de investigación por los historiadores es aquel período en el que la estrella política de la Italia fascista era definitivamente declinante. A este respecto es preciso citar de modo especial la contribución de Aldo Albónico escrita al mismo tiempo que estábamos elaborando el libro ya citado acerca de Franco y Mussolini <sup>27</sup>. Curiosamente el artículo de Albónico está argumentado de manera exclusiva en base a documentación española de archivo y no italiana, pero habiendo manejado una importante publicista de este último país contiene algunas apreciaciones que contribuyen a matizar nuestra información.

En realidad la cuestión fundamental que trata el citado artículo se refiere a la división de los italianos en el interior de España como consecuencia de la caída de Mussolini y el estallido de una auténtica guerra civil italiana. Albónico empieza por llamar la atención acerca de cómo los países beligerantes contribuyeron a potenciar a cada uno de los sectores italianos que les fueron afines. Así, por ejemplo, los norteamericanos financiaron a la embajada de Badoglio y, en menor cuantía, los partidarios de Mussolini recibieron colaboración de los alemanes. El desgarramiento de la lucha entre las distintas facciones italianas se aprecia en el hecho de que Paulucci, el embajador italiano cuando se produjo la caída del fascismo, había sido jefe de gabinete de Mussolini cuando éste había desempeñado la cartera de Asuntos Exteriores y el propio hijo de

---

<sup>26</sup> Se trata del IV tomo de los «Documentos inéditos...» que versa acerca del año 1943.

<sup>27</sup> Aldo ALBÓNICO, «La Spagna tra Badoglio e Mussolini (1943-1945)», «Nueva Rivista Storica», III-IV, 1985, 217-275.

Mussolini, Vittorio, le describe como «un fiel y casi íntimo de casa». Ahora, sin embargo, tras recibir la oferta de la cartera de Exteriores de labios del propio Duce, se decantó a favor de Badoglio y también lo hizo Franco Farinacci, hijo de uno de los dirigentes fascistas más radicales que siguió a Mussolini hasta el final. A pesar de los intentos de Jordana por evitar los enfrentamientos entre las distintas tendencias de los italianos residentes en España éstos se produjeron en al menos tres ciudades: San Sebastián, Tetuán y Málaga.

Muy oportunamente señala Albónico que el «status» concedido a los representantes de la República Social Italiana por parte de las autoridades españolas fue un tanto excepcional ya que sólo España, Portugal y Suiza entre los Estados neutrales tuvieron relaciones con ella. Jordana debió defender ante los aliados que le era preciso mantener «relaciones informales» con los representantes fascistas al objeto de proteger los intereses nacionales en Italia. Sin embargo la verdadera razón de estas relaciones hay que atribuirla al peso que tenía en la clase dirigente del régimen la vinculación con la Italia fascista. El representante de la Italia mussoliniana tuvo derecho a utilizar valija diplomática y cifra, recibió bonos de gasolina e incluso se le concedió la posibilidad de expedir documentos de identificación a italianos. Dispuso además de dos secretarías, un agregado comercial, otro de prensa y tres de carácter militar, uno por cada arma. Los aliados llegaron a contabilizar quince representaciones consulares de la Italia republicana y pidieron la expulsión de una cincuentena de personas. Además los seguidores de Mussolini pudieron editar folletos contra Badoglio al que identificaron con la masonería. El apoyo de los fascistas parece haber sido especialmente consistente en el Ministerio de la Gobernación y, por supuesto, en el Partido único hasta el extremo que algún gobernador civil falangista participó en actos políticos profascistas. La situación no se alteró hasta el mismo final de la guerra: en la época de Lequerica como Ministro de Exteriores el representante de la República Social Italiana llegó a pedir que el consulado español en Milán dispusiera de un agregado mientras que las autoridades españolas, en la práctica, mantuvieron el reconocimiento de la República social hasta el final mismo de la guerra.

Queda hacer mención de un último punto acerca de las relaciones entre la España de Franco y la Italia mussoliniana y es el hecho de que la primera se convirtió en el único posible refugio de los supervivientes de la segunda tras la derrota. El propio Mussolini, señala Albónico, pensó en huir el 22 y el 25 de abril de los aeropuertos en torno a Milán. Cuando lo hizo en coche hacia Suiza al menos uno de los vehículos de la comitiva llevaba el banderín español y varios de los individuos pertenecientes a la comitiva tenían un pasaporte de la misma nacionalidad (entre ellos



Marcello Petacci). Lo más probable es que se tratara de pasaportes falsos pero es posible que hubiera algún tipo de responsabilidad de la autoridades consulares españolas al respecto. A fines del pasado mes de septiembre ha tenido lugar en Italia una polémica acerca de la posibilidad de que Mussolini y Claretta Petacci llevaran pasaportes españoles como si se llamaran Alfonso e Isabel <sup>28</sup>. No hay pruebas de ello pero cabe decir, sin duda, que entra dentro de lo posible pues gran parte de la familia Petacci acabó en España con el transcurso del tiempo.

Si el trabajo de Albónico, un historiador italiano, utiliza fuentes españolas para tratar de la guerra civil italiana en nuestro país, el librito de Luis de Llera y José Andrés-Gallego, dos historiadores españoles, versa acerca de la definitiva normalización de la representación de la Italia no fascista en España <sup>29</sup>. El duque de Gallarati Scotti, un católico liberal que había sido opositor del régimen fascista, fue la persona destinada a sustituir a quienes habían estado al frente de la representación de su país en unos años en los que la identificación ideológica entre los dos países había sido especialmente estrecha. Lo hizo, sin embargo, en enero de 1945 en un momento en que la guerra mundial estaba en su recta final y en que, además, alguno de los principales dirigentes de la nueva Italia, como el socialista Pietro Nenni pedían ya una ruptura de relaciones con la España de Franco. Es cierto que quedaban pendientes entre los dos países algunos problemas que pueden ponerse en relación con la política exterior (como, por ejemplo, el caso de los barcos italianos surtos en puertos españoles) y que, por lo tanto, el libro de los autores citados proporciona información a este respecto. Sin embargo lo cierto es que el núcleo de su aportación no reside en este terreno sino en el de la descripción del ambiente social, político y cultural de la España de la posguerra mundial.

En suma las aportaciones que se han producido en los diez últimos años que van desde la aparición de nuestro libro hasta el momento actual han revestido un indudable interés, pero no se puede decir que merezcan una rectificación sustancial de lo entonces escrito. Sin duda la contribución esencial reside en la publicación de la serie documental diplomática italiana en su totalidad y la aparición en ella de algunas cartas de los grandes protagonistas de las relaciones entre los dos países como Serrano Súñer, Mussolini y Ciano. No hay grandes revelaciones en ellas pero sí la confirmación definitiva de la interpretación que hicimos entonces.

---

<sup>28</sup> «Corriere della Sera», 24 y 25-IX-1994.

<sup>29</sup> «Luis de LLERA y José ANDRÉS-GALLEGO, «La España de posguerra, un testimonio», Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1992.